

Publicado en *La Nación Domingo* (semana del 11 al 17 de septiembre de 2005, p. 58) con el título “MAQUIA-BELLO”.

¿MaquiaBello?

M.E. Orellana Benado

Niccolò Machiavelli (1469-1527), funcionario, diplomático y escritor florentino que es conocido por la castellanización de su nombre (esto es, “Maquiavelo”), puede ser visto con provecho como *el primer intelectual en la Europa posmedieval*. Vale la pena hacer un paralelo entre su carrera y aquella de Andrés Bello López (1781-1865), su homólogo para la América posindiana o poscolonial. La carrera del venezolano de nacimiento y chileno por gracia fue, como veremos, más exitosa que la del egregio renacentista.

En 1503, a los 29 años, Machiavelli alcanzó un puesto gubernamental destacado. Cuando la república cayó en 1512 y los Medici retomaron el poder, Florencia devino principado y nuestro intelectual perdió su empleo. Al año siguiente, intentando conseguir otro con los nuevos amos y olvidándose de su antigua patrona, la forma republicana de gobierno, Machiavelli publicó *El Príncipe*. Sus instrucciones de uso para la vida política fueron reconocer con franqueza la tensión entre la moralidad judeocristiana y la moralidad principesca pagana, y actuar en consecuencia.

Una de ellas promueve tratar a los seres humanos como hermanos mientras la otra guía al gobernante en la acumulación, conservación y aumento del poder de su Estado así como de gloria y fama para sí mismo. Por eso el *buen príncipe* (esto es, aquel que logra prevalecer y ser exitoso), algunas veces, necesita ser un *mal* cristiano y maltratar a las personas por *razones de Estado*. Tamaña sensatez no tuvo el eco esperado. Una cosa es que los príncipes hagan lo que hacen y otra es que vayan a recompensar a quien muestra su juego.

Machiavelli murió pobre, ignorado por el nuevo régimen y denostado por muchos en la Iglesia Católica Apostólica Romana que interpretaron su obra como un elogio de la vileza moral, la astucia y la duplicidad. Cuando queremos censurar la disposición del carácter que él recomienda al príncipe y reprobamos su despliegue en la conducta ajena la llamamos “oportunismo” o “maquiavelismo”. Sin embargo, bien podemos reconocerlo entre adultos, cuando queremos ensalzarla (tanto en el caso propio como en el ajeno), la denominamos “sentido de la realidad” o, más simple, “realismo”.

Bello López tuvo un traspié similar al de Machiavelli pero salió de él airoso. Llegó a Valparaíso desde Londres el 25 de junio de 1829 y fue contratado por el gobierno “pipiolo” o liberal encabezado por el presidente Francisco Antonio Pinto Díaz. A la tardía edad de 47 años, confiaba en iniciar una vida nueva y dejar atrás las penurias de casi dos décadas en la capital británica. Pero menos de un año después, los “pelucones” o conservadores encabezados por José Joaquín Prieto Vial derrotaron en Lircay a sus patrones liberales.

Este año de 2005, cuando publicaciones y reuniones académicas conmemoran el sesquicentenario de la promulgación del código civil que Bello

López redactó para Chile y que tanta repercusión tuvo en otros países americanos, nadie duda que él salió adelante donde Machiavelli fracasó. Porque proyectó su carrera más allá de un quiebre en el régimen político y consolidó su reputación en el mundo hispano. Aunque traído al país por los liberales, sirvió con distinción incomparable a los presidentes conservadores Prieto Vial, Bulnes Prieto y Montt Torres. Bello López murió respetado por sus compatriotas adoptivos, viendo su descendencia incorporarse a varias familias chilenas principales.

Aunque él inspiró, administró y coordinó la gran reorganización de la educación superior chilena del siglo XIX resulta siútico describirlo como *fundador* de la Universidad de Chile. Él es, al mismo tiempo, mucho menos y mucho más que eso. Según el Diccionario, fundador es quien erige una universidad “dándole rentas y estatutos para que subsista y se conserve”. Y Bello López, que solo con su llegada a Chile comenzó a tener ingresos que aseguraron su prosperidad y tranquilidad, como es obvio, no estaba en condiciones de hacer ni lo uno ni lo otro.

El fundador de la Universidad de Chile es Manuel Bulnes Prieto, quien fue elegido sucesor de su tío materno José Joaquín sin oposición en 1841 por sus conciudadanos que valoraron con lucidez “la gloria del triunfo marcial que el pueblo chileno obtuvo en Yungay” bajo su mando en 1839. De ahí que hasta hoy su sucesor en La Moneda (palacio al cual Bulnes Prieto trasladó en 1846 la residencia del gobernante de Chile que estuvo desde Pedro de Valdivia en la Plaza de Armas) sea también el patrono de dicha corporación.

Bello López fue un actor principal de la vida chilena durante los tres decenios que cimentaron su temprana estabilidad institucional republicana. La envergadura de su obra justifica que se lo describa como “el padre intelectual de Sudamérica” (Enciclopædia Británica). Pero, en rigor, durante el siglo XIX, fue el príncipe de los intelectuales en lengua castellana.